



www.loqueleo.com/ec

© 2006, Leonor Bravo Velásquez

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-361-2

Derechos de autor: 024734

Depósito legal: 003410

Impreso en Ecuador por Poder Gráfico

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2006

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Abril 2016

Décima segunda impresión en Santillana Ecuador: Mayo 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Pablo Lara

Diagramación: Carlos García y Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

A medianoche durante el eclipse

Leonor Bravo Velásquez

Prohibida
su venta

Santillana



loqueleto



A Elena Betancourt, por todo su cariño y apoyo.

A mi familia, amigas y amigos de la ciudad del Puerto, por todos los momentos gratos que hemos vivido juntos.

A Ramiro Jácome, pintor. Mi maestro.



En la Escondida	11
De viaje a la Costa.....	20
Eclipse de luna en el Cerro	30
Encuentro junto al cañón	36
Un sueño escalofriante	47
En el taller del pintor.....	56
Amor al mar.....	68
La playa.....	75
El significado de los colores	89
La casa de enfrente.....	94
El dorado Caribe.....	101
Rosaura.....	106
La señorita Celeste.....	114
La ronda	121
Las leyendas de papi Pedro	128
Desayuno con cebiche	134
En el mar del Brasil	139
Altamira	145

El barco fantasma.....	151
¿Con quién van a la fiesta?.....	158
Una conversación inesperada.....	166
La toma de La Serena.....	174
La cueva.....	184
Pintando como los niños.....	193
En el Virreinato del Perú.....	198
Descansando en Puná.....	206
Santiago de Guayaquil.....	212
La cita.....	222
El cumpleaños.....	233
Sopa marinera.....	242
¿Qué están leyendo?.....	249
Creación colectiva.....	256
El fantasma del pirata.....	262
La confabulación.....	270
El viaje a Puná.....	275
El espectro.....	281
Los piratas.....	288
El inicio de un largo viaje.....	298
El largo túnel azul.....	310
El encuentro.....	313
Biografía.....	321
Cuaderno de actividades.....	323

En La Escondida



—En el cielo brillaba la luna llena. Uin, el dragón plateado, sobrevoló por última vez las montañas y descendió suavemente en la hierba húmeda. Acomodó la cabeza entre las patas y cerró los ojos, ¡estaba tan cansado! Ese día había sido muy agitado. No, no solo ese día, ese mes, ese año... A su lado, más delgada y pequeña, Saí dormía ya hacía rato. Los dos dragones al fin podían ser felices. El peligro de ser atacados había desaparecido, tal vez no para siempre, los humanos siempre quieren más. Pero por ahora sí. —Alegría bajó la voz poco a poco, hasta que reinó un profundo silencio.

11

Durante un largo rato nada se movió. Luego, los dos dragones se levantaron lentamente.

—Es hora de irnos —Uin se levantó—, espero que hayan disfrutado de la historia.

—¡Por supuesto! —asintió Elisa—, es preciosa.

—Adiós —dijo Saí, acariciando con su nariz el rostro de ambas niñas—, hay otras historias sobre nosotros, espero que volvamos a vernos pronto.

—Adiós, Uin, adiós, Saí. Cada vez que vea la luna llena me voy a acordar de ustedes. Yo también quiero tomar baños de luna, ¿creen que pueda aprender a volar? —preguntó Alegría.

—Si pones mucho empeño, tal vez lo logres —aseguró Uin y abrazó a las niñas con sus enormes alas.

El libro, todavía abierto, recibió a los dos dragones y a la plateada luz que reinaba en el cuarto, dejándolo casi en la penumbra. A lo lejos se escuchaba el sonido de la laguna junto a la cual, momentos antes, los mágicos animales habían descansado de su largo recorrido.

—Vamos, Alegría —dijo Elisa de pronto—, los abuelitos ya deben haber llegado y no saben que nosotras estamos aquí.

—Los dragones traen suerte, deja que respire un momento más el aire en el que ellos estuvieron. —Alegría aspiró con fuerza y cerró los ojos.

Más tarde, frente a una taza de chocolate caliente con bizcochos y queso tierno, Alegría y Elisa conversaron con sus abuelos.

—¿Así es que vienen a pasar con nosotros solo unos días porque se van todas las vacaciones donde sus otros abuelos? —Don Nicolás abrazó a sus nietas.

—¡Ay, Nicolás! Ya empiezas con tus cosas, no molestes a las niñas —le reprendió doña Tere, riéndose.

—Sí, abue, no te hagas el que no sabes. Unas vacaciones pasamos con ustedes y otras, con ellos —dijo Alegría.

—A las niñas les sienta bien el cambio de clima. El calor de la Costa les ayuda a crecer —insistió doña Tere.

—Además, tú sabes, abuelito, que tanto a ustedes como a ellos los queremos mucho —agregó Elisa.

Alegría se acercó a su abuelo, lo abrazó y le dijo al oído:

—Pero a ti un poquito más.

Don Nicolás suspiró y abrazó a sus dos nietas, cada una sentada a los lados del gran sillón de la biblioteca.

—Abuelito, ¿podemos llevarnos algún libro? Recuerda que la biblioteca es también nuestra.

—¿Y para qué quieres un libro, Alegría? ¿Te acuerdas de esas vacaciones en las que se llevaron un enorme libro de cuentos de hadas y casi no leyeron nada? No, no. Los libros se dañan al cargarlos de allá para acá.

—¿Por qué no dejamos que ellos decidan? Ya sabes, abue, si ellos creen que no es apropiado ir, no salen del estante y ya.

En La Escondida, la hacienda donde viven don Nicolás y doña Teresita, abuelos de Alegría y Elisa, las niñas habían descubierto una biblioteca secreta en el subsuelo de la enorme biblioteca de tres pisos, que desde hace trescientos años tenía la familia. Es secreta porque es

mágica, y a ella solo pueden entrar las personas que esta escoge, y los libros que habitan sus estantes solo pueden ser leídos si son los apropiados para el lector que tienen frente a sí.

—Está bien, señoritas, ¡que la biblioteca decida!

14 Don Nicolás sacó de uno de los cajones ocultos de un antiguo bargueño tallado una pequeña pero gruesa llave dorada. Luego, seguido de sus nietas y de su esposa, se dirigió hacia el fondo en donde se encontraban dos puertas. Abrió una de ellas, prendió una luz y bajó por unas estrechas escaleras. Las niñas y doña Teresita bajaron tras él.

Al final de las gradas había otra puerta, don Nicolás la abrió. El profundo aroma de las maderas finas con las que estaban fabricados los estantes los recibió. Encendió una a una las luces y la sala se iluminó, primero, con una luz como la de la luna cuando está llena y, luego, con la aparición de cada uno de los colores del arco iris, que se transformaron paulatinamente en una luz blanquísima.

—¡Qué hermosa es esta biblioteca!

—Así es, Alegría. Para mí es el mejor tesoro del mundo. Humm, pero siento en el ambiente que este lugar ya ha sido visitado en este día, ¿quién sería?

Las dos niñas se rieron.

—Abuelito, nosotras llegamos en el carro del pan, o sea súper temprano, y nos dijeron que ustedes iban a

volver muy tarde. ¿Qué querías que hiciéramos? Decidimos hacerle una pequeña visita —declaró Alegría.

—¿Y qué leyeron? —preguntó doña Teresita—. ¿De qué estaban necesitadas?

—Parece que de magia —dijo Alegría—, por eso nos dio una preciosa historia llamada *Magia de dragón*.

—Estuvieron con Uin y con Sai, son unas chicas afortunadas. Pero bueno, veamos —dijo don Nicolás—, ¿cuál de las dos va a escoger el libro?

—¡Las dos! —dijeron las niñas a la vez.

—¿Las dos? Eso es trampa, quedamos en que era un solo libro.

—...por cada una, abue. —Alegría se señaló a sí misma y, luego, a su hermana.

—Siempre quieres salirte con la tuya, Alegría...

—¿Te imaginas cómo se sentiría la que no tiene libro? ¿Te das cuenta de lo triste que se pondría?

—Está bien, está bien. Veamos primero si la biblioteca lo permite. ¿Quién quiere empezar?

—¡Yo! —gritó Alegría y se acercó a un estante.

Trató de tomar un libro, pero este no salió. En su lugar, se oyó una voz que decía:

—Sigue tu camino, este libro no es para ti.

Se acercó a otro libro y ocurrió lo mismo. Don Nicolás dijo, casi serio:

—Te das cuenta, no quieren salir.

—Dame otra oportunidad, abuelito.

—Sí, Nicolás, por lo menos tres oportunidades, ¿no crees?

—Bueno, si tu abuelita dice tres, son tres. Escoge, esta es tu tercera y última oportunidad.

Alegría dio una vuelta en redondo y miró con cuidado cada uno de los estantes. Luego, sin saber por qué, se acercó a un enorme libro, aun sabiendo que sería muy difícil llevarlo en el viaje. El libro, que casi no pesaba para su tamaño, salió fácilmente.

El abuelo se rio y le guiñó un ojo a doña Tere.

—Bueno, ganaste, Alegría. La biblioteca te dio un libro y ¿no sabes qué libro es!

—¿Tú lo conoces? ¿Lo has leído?

—Es el *Libro de viaje* —dijo la abuelita.

—¿Un libro de viaje? Y eso, ¿qué significa? —preguntó Elisa.

—Es como la biblioteca entera en un solo libro. Tiene todo lo que necesites y deseas. Pero no lo puedes abrir hasta que estén en el viaje.

—Ahora yo, abuelito, me toca a mí.

—Sí, Elisa, te toca a ti, escoge tu libro.

Elisa recorrió tres veces la biblioteca. No sentía una atracción especial por ningún libro. De pronto, sintió un delicado golpe en el hombro, se dio la vuelta pensando que era su abuelo y vio un pequeño libro que, al emitir

una suavísima luz rosada, casi brillaba entre los demás. Se acercó y lo tomó.

Al contacto con la mano de Elisa, de él salieron risas, suspiros y exclamaciones. El pequeño libro empezó a vibrar y a dar saltos en sus manos, mientras más y más sonidos salían de su interior. Luego, la pequeña cerradura que lo sellaba dio vuelta y se abrió. La cubierta, forrada en seda, se abrió también. Adentro había dos espejos colocados en las contraportadas, uno frente al otro.

—¿Espejos? —se sorprendió Elisa.

—Así es —dijo el abuelo—. Pero en ellos no te puedes mirar, sin embargo, puedes ver el desarrollo de una determinada historia: el pasado, el presente o el futuro.

Elisa miró en el espejo de la izquierda, y en él aparecieron ella y su hermana; inmediatamente, en el espejo de la derecha, se formó la figura de ellas, junto a dos muchachos de su misma edad, que corrían por la playa.

—Nosotras y nuestros primos —exclamó Elisa—. ¡Qué libro tan pleno!

—Son un par de suertudas, les han tocado dos de los mejores libros que conozco —afirmó don Nicolás.

—¿No conoces todos los libros que tiene?

—No, Alegría, a pesar de que se ve pequeña, esta biblioteca tiene muchísimos libros. Hasta me parece que se renueva sola.

—Sí —dijo doña Tere—, de repente aparecen libros que yo no había visto nunca en lugares en los que ya había buscado. No se olviden que es mágica.

—Bueno y ahora cuéntenos, ¿cuál es su plan para estas vacaciones? —preguntó el abuelo, una vez fuera de la biblioteca.

—Ir a la casa de los abuelitos, estar con nuestros primos, ir a la playa, tal vez pasear en barco, pescar...

—Pues bien —dijo don Nicolás—, a pesar de que las vamos a extrañar mucho, me alegro de que se vayan a la Costa, espero que disfruten y se diviertan.

—Y Pedro y Rosa tienen también derecho a que los visiten sus nietas —comentó doña Tere.

—Bueno, para que sus libros no corran ningún peligro, les voy a prestar también dos mochilas especiales. —Y entregó a Alegría una grande y oscura, con varios compartimentos, y, a Elisa, una más pequeña y rosada.

El fin de semana pasó rápido, entre las visitas a Julia y a los otros amigos del lugar, montar a caballo y encariñar a los abuelos para que no las extrañaran tanto.

El domingo por la noche llegaron a La Escondida Lucía y Alfonso, los padres de las niñas, para descansar unos días en la hacienda antes del viaje a la Costa.

—Les hemos prestado dos libros —les contó don Nicolás—, las mochilas son para que los guarden bien.

—Ay, papá, ¿y si los dañan? Tus libros son muy valiosos. ¡Eres tan raro!, no los prestas a nadie y se los das a tus nietas. A mí, que soy adulta, ¡y tu hija!, me permites llevarme uno después de una hora de ruegos y explicaciones —replicó Lucía.

—Usted les da muchos gustos, don Nicolás, pero ellas son todavía unas niñas y, en realidad, los pueden dañar. ¿Puedo ver qué libros son? —preguntó Alfonso.

—Son unos libros corrientes de cuentos, nada especial. No te preocupes, Alfonso, además, ellas son mucho más responsables de lo que tú o yo podamos creer —dijo doña Tere.

—El abuelito dice que nosotras somos herederas de la biblioteca, por eso nos prestó los libros —explicó Alegría.

—¡¿Herederas?! —

—Es una broma entre nosotros, Lucía, yo espero vivir unos años todavía y confío en que ellas los sabrán cuidar bien.

—Papito, lo único que no quiero es verte sufrir si alguno resulta dañado. Porque tal vez ni siquiera haya cómo reponerlos, ¿verdad?

—En realidad, yo no se los presté, fue la biblioteca y, ante eso, no puedo hacer nada, ¿te das cuenta? —don Nicolás hizo un gesto de resignación.

De viaje a la Costa

20 Salieron el miércoles, casi a la madrugada. El viaje duró varias horas, mientras el aire frío de la Sierra, casi helado en el páramo, se fue calentando a medida que bajaban de las montañas. Con el clima cambiaron también los olores, y los discretos de la Sierra se volvieron dulzones y golosos en la Costa. El color también se transformó. Los verdes profundamente azules de las montañas estallaron, ante la mirada entusiasmada de las niñas, en amarillos, naranjas y brillantes verdes limón.

Llegaron a media tarde. El agua del río lanzaba destellos mientras cruzaban el puente que unía, por ese lado, a la ciudad con el resto del país. Los barrios residenciales, con lujosas casas como sacadas de revistas, en las que se abanicaba la más increíble variedad de palmeras, se intercalaban con los barrios populares, algunos de los cuales albergaban verdadera miseria. Luego de un buen rato y de dar muchas vueltas, llegaron al centro, donde la vida bullía como agua hirviendo en un fogón. El ruido de la gente, que apurada corría de un lado a otro, o se contaba

a gritos las novedades, mientras tomaba agua helada de coco, y el incesante tráfico les recordaban que esta ciudad era diferente de aquella en la que vivían.

Los padres de Alfonso, Pedro y Rosa, residían en un antiguo barrio metido en pleno corazón de la urbe, en una estrecha calle que parecía sacada de una postal de hace tres siglos, en la que los ruidos de los carros y de la gente se amortiguaban hasta parecer lejanos. Se habían trasladado a vivir a ese lugar, después de que sus hijos se casaron, porque ya les quedaba grande la casa del sur, y para vivir cerca de un grupo de amigos, casi todos artistas, a los que querían mucho, un gusto que el abuelo quiso darle a su mujer, artista ella también.

Alfonso nunca estuvo de acuerdo con la decisión de sus padres porque la casa, que fue de su bisabuelo, necesitaba muchos arreglos, pero sobre todo porque algunas viviendas vecinas estaban casi en ruinas. Sin embargo, no quisieron escuchar a ninguno de sus hijos y se pasaron al viejo caserón, con la ilusión de quien inicia una nueva vida. La casa era ahora una preciosa residencia en la que se combinaban las bellezas del pasado con las comodidades del presente. Rodeada, por un lado, de un exuberante jardín con enormes plantas tropicales, daba al otro lado a la ría, montada sobre las rocas del acantilado.

Los abuelos costeños las esperaban desde hacía rato. Ella, hermosa y de generosas formas, llevaba un llama-